



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14068

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

CONDICIONES

En la PENÍNSULA: Un mes, 1,50 ptas.—Tres meses, 4,50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

LUNES 19 DE OCTUBRE DE 1908

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondencia en París: Mr. A. Lorete, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

De interés general

LA ENSEÑANZA

Causa en nuestro espíritu la más honda y triste pesadumbre el estado lamentable en que se encuentra en España la enseñanza primaria.

Parece increíble que en pleno siglo XX sea tan marcado, tan grande nuestro atraso en materias pedagógicas.

Aun cuando no es doctosísimo el consignarlo, fuerza es afirmar que estamos en el A B C de la pedagogía.

Países que fueron un tiempo de los dominios españoles ofrecen el más grande y envidiable ejemplo por sus adelantos en el arte de enseñar.

Y mientras tanto seguimos aferrados al más grande atraso en lo que atañe a tan capitalísimo problema para la prosperidad de los pueblos.

Poca ó mejor dicho ninguna atención prestan nuestros gobernantes a cuanto se relaciona con la enseñanza primaria y de aquí que el mal está muy arraigado y que no se vislumbren esperanzas de días mejores, de días de luz, de vida de engrandecimiento para un arte que sin género alguno de dudas es el llamado a labrar la ventura, la felicidad y el progreso de las naciones.

Sucedense unos y otros en la carrera de instrucción pública y toda su labor se reduce a hacernos ofrecimientos que siempre quedan incumplidos; a promesas nunca realizadas por más que éstas no sean las que han menester para encauzar la enseñanza por las vías que habrán de conducir al camino ansiado.

Y buena culpa de esto estriba en la indiferencia con que mira el país en general lo que se relaciona con la instrucción del pueblo; por la carencia de preparación en las personas que se designan para ejercer el cargo importante de ministro de Instrucción Pública y de aquí que no existan trazas de llegar a su necesario mejoramiento.

Procede que la prensa se ocupe en la significación que guarda para el bien nacional el acertado desarrollo de la enseñanza a fin de que el pueblo se afane vivamente en conquistarlo.

Es necesario que los hombres que tienen la Gobernación del Estado, estudien con preferencia lo que a la prosperidad de la enseñanza conviene llevando a ocupar el más alto puesto en la misma a persona preparada para hacer la reforma que se impone realizar.

La inversión de las sumas indispensables para acabar con ese estado vergonzoso, en que nos hallamos, en pedagogía, la recuperaría el país con creces al igual de lo que aconteció con otras naciones, ayer pobres é incultas y hoy prósperas y florecientes merced a sus desvelos en pró de la enseñanza.

No tenemos en España el número suficiente de escuelas; carecemos de locales adecuados para las mismas, estamos atrasadísimos en los sistemas y métodos de enseñanza, el material es por demás deficiente si no inútil, el maestro, palanca principal de instrucción, deja mucho que desear y no ciertamente por su culpa y sí por la de los que rigen la edu-

cación, y la enseñanza obligatoria es ficticia.

Si se quiere efectuar algo práctico es menester que se cuente con maestros que estén bien preparados — y por lo tanto bien retribuidos — para ejercer la noble redentora misión del magisterio; que los métodos y sistemas de enseñanza, sean los que marcan hoy la pedagogía moderna; que el Estado construya edificios adecuados; que el material antiguo se deseché; que sea una verdad la enseñanza obligatoria; que se cree el número de escuelas necesarias que demanden las necesidades de la población de España; y que quienes tomen las riendas de la dirección de la enseñanza sepan lo que tienen entre manos.

Por estos derroteros conseguiremos que desaparezca el estado lamentable perjudicial—que tantos males nos causa — en que se encuentra en nuestro país la enseñanza.

Se imponen grandes sacrificios para lograrlo; pero la salud intelectual del pueblo y la prosperidad de la patria lo demandan.

NOTAS ALEGRES

OTOÑADA

La lluvia que golpea mis cristales; un fresco ambiente que me visita; el día menos claro, más lleno de melancolía, me anunciaba la llegada de la estación más importante del año. Sin la crudeza del invierno sin el calor sofocante del Verano y sin los efflujos revolucionarios de la Primera, el Otoño tiene sus encantos privilegiados, como los de la mujer en esa época de su vida.

Los botones entreabiertos de las flores son muy graciosos, pero menos espléndidos que la flor poco antes de los pétalos; y la mujer, ya en los límites de su vida femenil, con la experiencia de un bien próximo a alejarse para siempre, es cuando hace participar de esas tiernas exquisiteces tan llenas de encantos deliciosos, que duran y perduran por toda una existencia.

Y en todo pasa lo mismo: en la vida íntima como en lo social, en el arte como en la ciencia, en la industria como en la política, en la vida individual como en la de los pueblos.

Si recordamos la victoria de los nacionalistas, veremos que Grecia y Roma poco antes de su desaparición fué cuando en todos conceptos valieron y produjeron más; con los pueblos modernos cuyo fin parece dibujarse sucede lo mismo.

Igual acontece con el sabio, con el guerrero, con el político. En general producen más y mejor en el otoño de su vida, cuando los desengaños calmaron sus entusiasmos y antes que el frío cálculo les apordea, para comprender algo que suponga singularidad ó trascendencia.

Por excepción los grandes genios han desenvuelto sus alas para rodar a las alturas en otra época de la vida; pues examinando bien a los que en edad más temprana lo hicieron, se verá que sus años, como los de campaña para los militares, deben multiplicarse, cuando meaos, por dos.

Y de la madre Tierra, ¡qué decir! Esa es su época, solicita se deja herir por el hierro ó el acero, para recoger en su amoroso regazo las semillas, que centuplicará para nuestro alimento del año próximo; y cuanto más se la hiera, cuanto más se le golpee, cuan-

to más se la trabaje, más agradecerá centuplicará sus dolores.

Por eso las tardes del Otoño, tristes al parecer, melancólicas en extremo, y que convidan a la meditación: deben hacernos pensar que si en otras épocas del año se engalana la Tierra con flores que convierten en vistosa desposada, en el Otoño se prepara a los más grandes, a los más trascendentales misterios a los augustos de la reproducción.

Que es la maternidad de la Naturaleza.

F. O.

García Alix en Cartagena

Como oportunamente habíamos anunciado, en el correo de ayer llegó a Cartagena el Gobernador del Banco de España y diputado a Cortes por esta circunscripción D. Antonio García Alix.

En el amplio andén de la estación aguardaban la llegada del ilustre viajero todo el elemento liberal-conservador de Cartagena, infinitos amigos políticos y gran número de particulares y muchas comisiones de los pueblos inmediatos.

El recibimiento que se le dispensó al Sr. Alix fué en extremo entusiasta y cariñoso.

He aquí los nombres de algunos de los concurrentes a la estación; Alcalde Sr. Sánchez Arias, D. Mariano Sanz, Luis Angosto, Obdulio Moncada, Francisco Conesa Balanza, Miguel Zapata, Juan Jorquera, Joaquín E. Romero, Manuel Antón, Diego Cánovas, Juan Sánchez Domenech, Pablo Bosch, José Antonio Pomares, José Luis de Briones, Miguel Martínez, José Moncada Calderón, Andrés García, José Oliva, Leopoldo Cándido, Blas Cánovas, Rodolfo Doggio, Joaquín Díaz Zapata.

Antonio de Lara y Pino, Juan Dorca, Federico Sánchez Arias, Antonio Escámez, Juan Antonio Gómez Quiles, José Escámez, Miguel Rosell Ruiz, Cesar López Forcada, Juan Palacios, Antonio Martínez Muñoz, Juan Blanco, Francisco Bautista Monserrat, José Carreño, Francisco Ayala, Mariano Bueno, José Antonio López Monreal, Salvador Castelo, Florencio Izquierdo, Juan Antonio Alajarín, An-

onio Hernández, Juan Jorquera Sánchez, Antonio Puig Campillo, Joaquín Pascual, Leoncio de Castro, Eduardo Espín, Basilio Minguez, Camilo Gisbert, Miguel Tobal Yútera, Juan Garrido, Pedro Flores, Francisco Ruiz Garrido, Manuel Murcia, Gabriel Cañadas, Isidro Roca, Pablo Cazorla, José Roig, Andrés Avelino Tarín, José Nieto Aseñio, Vicente Chiralt, Eduardo Martínez, Francisco Gisbert, Miguel Sánchez, Antonio Moreno Castellanos, José Conesa Garrido, José Muñoz Loborda, José Luengo Rosique, Francisco Cascales, Mariano Cardona, Juan Bautista Barthe, Francisco Sánchez de las Matas, Francisco de Paula Jimenez, Enrique Lasheras, Antonio Oliver, Aurelio Mas, Vicente Gisbert, Ernesto Martínez Lopez, Gines Nieto Hernández, José Martínez Sánchez, Miguel Flores, José Palacios y otros.

También aguardaban al Sr. García Alix, todo el personal de esta sucursal del Banco de España y numerosas comisiones de La Unión, el Llano, Mazarrón, Fuente-Alamo, Estrecho, San Antonio Abad y Pozo Estrecho; esta última subió al tren en la estación de La Palma.

El diputado por Cartagena, se dirigió al Círculo Conservador, adonde saludó a todos los socios del mismo allí congregados, dirigiéndose al domicilio del gerente de la Compañía de Ensanche Sr. Cánovas, adonde almorzó acompañado de los Sres. Moreno, Sanchez Arias, Zapata y Ferriz.

En el correo regresó a Madrid el señor García Alix siendo despedido en el andén por las mismas personalidades que a la llegada, habiendo manifestado la satisfacción que le producía el entusiasta recibimiento que le habían dispensado en esta ocasión sus amigos de Cartagena.

Un fumador bromista

El señor Derschata, ministro de ferrocarriles de Austria-Hungría, tomó un día el tren en una de las estaciones próximas a Viena.

El señor ministro, no solamente no fuma, sino que lleva su horror al tabaco al extremo de no poder siquiera soportar su aroma. Por esto su estupor fué grande cuando en el vagón de

no fumadores, al que habla subido un viajero sacó una petaca de piel de Rusia y escogiendo un buen cigarro lo encendió flemáticamente.

El señor Derschata tosía ligeramente al principio, luego más fuerte y al fin estrepitosamente Ni por ésas. El impertérrito fumador siguió fumando, fumando, fumando...

—Caballero, dijo sin poderse contener el ministro, me permito hacer notar a usted que estamos en un vagón de no fumadores.

—Si respondió su compañero de viaje, lanzando una bocanada de humo azulado, pero me río de ello.

—Pero las autoridades...
—¿Las autoridades? Me río yo de ellas.

—¡Caballero! Soy el ministro de ferrocarriles de Austria-Hungría.
—¿De veras?
—Si, caballero, tengo esta suerte. He aquí mi tarjeta.

El fumador, siempre imperturbable la tomó con el cigarro en la boca, la leyó con calma, se la metió en el bolsillo y continuó fumando bonitamente, limitándose a contestar:

—¿Con que es usted realmente el ministro? Pues bien, yo me río de ello.

Al parar el tren en la primera estación el ministro llamó a gritos al jefe.

—¿Qué se le ofrece?
Este caballero, que se obstina en fumar apesar de mis observaciones. Ruego a usted que tome nota de su nombre.

—¿Cómo se llama usted?
El interpelado sacó sin vacilar la tarjeta del ministro, que alargó dignamente al jefe de la estación, quien después de pasar sobre ella los ojos, hizo una reverencia, diciendo:

—Perdone su excelencia, no sabía a quien tenía el honor de hablar. Si ese hombre (añadió señalando al señor Derschata) no promete dejar en paz a V. E. le obligaré a bajar.

El tren partió.
Después de algunos instantes de silencio el ministro comprendió la broma y se echó a reír de la mala pasada que le había jugado su flemático compañero de viaje.

EL AMIGO FRITZ 68

Estaban delante de verja del gran patio, y una multitud de gallinas grandes y pequeñas, de moño y calzadas con un soberbio gallo en medio, miraban en la sombra, escuchando y pelándose con el pico. Algunos patos se movían también en el grupo.

—¡Suzel Suzel! —gritó el arrendatario.
La muchacha apareció.

—¿Qué quiere usted, padre?
—Que abras la puerta a las gallinas para que puedan gozar del aire libre y a los patos para que vayan a bañarse. Ya les llegará su tiempo de encerrarse cuando la hierba empiece a crecer, y ellos se entretengan en dosenterrar las semillas.

Suzel se dió prisa a abrir y Christel se dirigió a la pradera. Fritz le siguió. A cien pasos del río, como el terreno estaba muy húmedo, el anabaptista hizo alto, dijo:

—Mirad, Sr. Kobus: desde hace diez años no produce esta pradera sino juncos; no había aquí con que mantener una vaca. Pues bien; este invierno lo hemos sanado, y ahora todo el agua va al río. Si tenemos quince días de sol esto estará seco y se podrá sembrar lo que es, ¿verdad? es respondiendo que dará buenos forrajes.

—Magística idea dijo Fritz.
—Si, señor; pero necesito explicaros otra cosa: al volver a la casa, cuando pasemos por el sitio

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 65

la puerta de la granja, una gran red para pescar. Dentro del tinglado podían hacer de paja, que los gorriones habían elegido para instalar sus nidos.

El perro Mopael, un perro de pastor, de color gris oscuro, grandes bigotes y cola tiesa, se acercó a Fritz para patroquearse en sus piernas, mientras él le acariciaba la cabeza.

De este modo, y en medio del gozo que inspiraba la llegada del Sr. Kobus, entraron todos en la abenida, y después en la sala común de la granja.

Esa era una habitación grande, blanqueada, de ocho a diez pies de altura, y con el techo rayado por las vigas encarnadas. Trece ventanas con vidrios octogonales caían sobre el valle; otra, pequeña, daba luz por la parte de la montaña. A lo largo de los lienzos de las ventanas se extendía una mesa larga de haya, con las patas en forma de X, y un banco a cada lado. Detrás de la puerta, y a la izquierda, se levantaba en forma de pirámide las chimeneas, y sobre la mesa había el coque ó seis jarritos y un cántaro de barro, con flores ajenas. Unas antiguas imágenes de santos, iluminadas de berneilón y con marcos pintados de negro, completaban el mobiliario de esta pieza.

—Señor, interrogó Christel, ¿almorzaré con nosotros.

—Por supuesto.